

que tiene prestado á V. M. esta ciudad de Barcelona, por cuyo efecto se halla casi sin crédito, tras haber acuñado tanta moneda corta, para satisfacer las vivas instancias con que Vuestra Majestad pedía los tesoros que habían quedado en las iglesias; viendo que en lugar de dar socorro á Lérida, á cuya función prometió V. M. (si llegara la necesidad) llevar la vanguardia en persona, no se emplearon en esto las suficientes tropas que tenía V. M., sino solo en saquear, violar, robar cuanto encontraban bien lejos de los enemigos, y en hacer los mas execrables daños que jamás han hecho en esta provincia enemigas tropas; y que en el mismo tenor van continuando en sacar los trigos de los graneros, sin considerar que lo que falta de necesario alimento á los racionales emplean ellos por cama, y sin darles otra cosa á sus caballos, acémilas y demás animales, quemando lo que no pueden llevar, satisfaciendo con decir, que pues se lo han de comer los enemigos, vale mas que ellos se aprovechen y lo consuman; causando estas insolencias tan lamentables sentimientos en los vasallos de V. M., que está la ciudad llena de síndicos de las villas y lugares de Urgel, Campo de Tarragona y otros, á explorar en lo que han errado, ó si V. M. les manda así satisfacer los inexplicables servicios que á V. M. tienen prestados.

»Viendo que contra nuestras patricias leyes, y capítulos de cortes firmados de vuestra real mano y de vuestros gloriosos predecesores, despóticamente se aposentan los soldados por toda la provincia, forzando á todos sus moradores á que los alimenten, y den granos y paja á sus caballos y bagajes, y en esta ciudad los oficiales se entran y sirven de las casas que les parece, sea ó no gustoso el dueño. Viendo que de los ministros de V. M. ninguno procura hacer su real servicio, antes tirando solamente á robar y hacer ajustes de comunes y particulares, donde con causa ó sin ella pueden meter mano; y al que tiene conveniencias, bajo el nombre de botiflero, ejecutan todo el rigor que se les antoja en sus bienes y hacienda, ocasionando con ello grandes odios en muchos vasallos. Y finalmente, viendo que lo que podía valernos todo ha salido contrario, y el quedar destruidos verdadero, que los insultos van creciendo, y los afectos y efectos disminuyéndose; que los enemigos se van internando, y las tropas de V. M. enteramente huyendo; que está cerca la campaña, y nosotros, aunque vengan (como nos tiene ofrecido V. M.) diez mil hombres de Italia, incapaces de hacer una honrada defensa: Por tanto suplica esta ciudad de Barcelona á V. M. procure el remedio, para el resguardo de su real persona y la de sus fidelísimos vasallos. De nuestra Diputación, etc. (1).»

A esta representacion contestó Carlos prometiéndoles, y empeñándoles de nuevo su real palabra, que de Inglaterra, y de Italia, y de Alemania llegarían pronto cuerpos numerosos de tropas, y abundancia de dinero; y añadiendo que la armada de mar había ido á apoderarse de Cerdeña, que el príncipe Eugenio entraba por el Delfinado, y dándoles otras no menos lisonjeras noticias, que se publicaron é imprimieron en Barcelona, y aquietaron por de pronto los ánimos. Mas como despues ocurriera la pérdida de Tortosa, volvieron los catalanes á alzar la voz, y á reproducir sus quejas, y á desacreditar al mismo Staremberg, lo cual movió al general alemán á intentar la recuperacion de Tortosa, aun no bien reparada, con un cuerpo de tropas escogidas. Poco faltó para que lograra su intento, merced á la deslealtad y traicion de un eclesiástico de la ciudad, que había tenido maña para hacerse el confidente del comandante Adrian de Betancourt; el cual avisaba de todo al enemigo y le llamó en el momento en que por artificio suyo estaban Betancourt y toda la guarnicion descuidados. Apoderados estaban ya los alemanes de una parte de la plaza, pero fué tal el arrojito con que se condujeron aquellos valientes defensores tan pronto como se apercibieron del peligro, que á pesar de haber caído muerto el mismo Betancourt en el ataque, ellos siguiendo puntualmente sus anteriores instrucciones los rechazaron con gran pérdida, y salvaron la plaza maravillosamente (diciembre, 1708). El rey don Felipe recompensó aquel rasgo de heroísmo premiándolos á

(1) Macanaz, Memorias tomo VII, cap. 123.

todos, y mandando dar á los soldados dos pagas mas de lo ordinario por cierto tiempo. El caballero Dasfeldt cuidó luego de la pronta y buena reparacion de la plaza.

Y fué verdad, y se cumplió la mayor parte de lo que el archiduque había ofrecido á la diputacion de Barcelona; porque los socorros vinieron, que fué con lo que se sostuvo el conde Guido Staremberg en Cervera y sus inmediaciones, despreciando los catalanes el nuevo bando de perdon general que desde el Buen Retiro expidió otra vez el rey don Felipe: y fué tambien verdad que la armada del almirante Lake que trajo la archiduquesa á Barcelona, se apoderó de la isla de Cerdeña, donde quedó de virey el conde de Cifuentes; y dirigiéndose desde allí á la de Menorca, mandando la gente de desembarco el inglés Stanhope, la tomaron tambien, junto con el castillo de San Felipe, sin haber disparado un cañonazo, porque no hubo necesidad, toda vez que les fué entregado por los mismos comandantes, francés el uno y español el otro. La conquista de estas dos islas facilitó no pocos recursos á los catalanes, y les dió aliento, y los consoló y recompensó en parte de sus pérdidas en el Principado.

Habíase visto en Italia durante el año de 1708 los funestos efectos de la dominacion alemana en Nápoles y Milan, desde que españoles y franceses fueron arrojados de aquellos antiguos dominios de España. El yugo de los alemanes se hacia sentir tan pesadamente sobre aquellos nuevos súbditos incluso los españoles que los habían ayudado á la rebelion, tales como el duque de Monteleon, el cardenal su hermano y otros, que no pudiendo soportarle andaban ya discurriendo unos y otros cómo volverían á estar bajo la mano menos tiránica de los españoles; y aun hubo en una ocasion un principio de tumulto en que se dieron vivas á Felipe V, bien que por entonces no tuviera esto mas consecuencias.

Pero en toda Italia se hizo sentir aquella pesada y despótica dominacion, y muy especialmente en los Estados de la Iglesia, con no poco detrimento y mucho mas peligro de la autoridad pontificia. Comenzaron los alemanes por apoderarse en Nápoles y Milan de todas las rentas y beneficios eclesiásticos, sin temor, y aun con menosprecio de las censuras; á tal punto, que habiendo hecho prender el virey de Nápoles, conde de Thaur, á un clérigo por afecto al rey don Felipe, y no bastando á defenderle el arzobispo, como el papa reclamara la persona del clérigo amenazando con que de lo contrario emplearía las censuras de la Iglesia, respondió el virey que él enviaría sus tropas á buscar la absolucion; y el clérigo fué ajusticiado públicamente. Siguieron exigiendo del pontífice que reconociera á Carlos de Austria como rey de España; ocuparon los feudos que tenían en Nápoles los duques de Parma y de Florencia; y aun despues de reemplazar el cardenal Grimani al conde Thaur en aquel vireinato, continuó embargando todas las rentas de los eclesiásticos ausentes, y negándose á admitir los breves pontificios y á darles cumplimiento sin remitirlos antes al archiduque, al mismo tiempo que en Milan el príncipe Eugenio prohibía que se sacase dinero para Roma con cualquier motivo ó pretexto que fuese, ni dar ni recibir libranzas los comerciantes y banqueros bajo pena de la vida.

Marchando progresivamente los austriacos en su sistema hostil á la corte romana, acordaron en una junta varios artículos al tenor de los siguientes: que en adelante no se tomará la investidura de los reinos de Nápoles y Sicilia, por no ser feudos de la Iglesia, como hasta entonces falsamente se había supuesto:—que se habrán de restituir al reino de Nápoles los estados de Avignon y el Benevento, como injustamente usurpados á aquel reino, el uno por Clemente VI, el otro por Pio II.—que los obispos habrán de proveerse á nominacion del archiduque, dando por nula la transaccion hecha por Carlos V y Clemente VII, etc.: á este tenor los demás. No contentos con exigencias verbales y con condiciones escritas, pasaron á vías de hecho, y moviendo cautelosamente sus tropas se apoderaron del estado de Comachio, perteneciente á las tierras de la Iglesia, y habrían hecho lo mismo con el de Ferrara, á no haber acudido con prontitud á su defensa tropas pontificias. Ya era excusado todo disimulo; la guerra de los católicos alemanes á la Santa Sede era mani-

fiesta; el papa se previno á la defensiva, escribió á todas partes, reclamó el auxilio de las potencias amigas, especialmente de Francia y España, tomó cuantas medidas le permitian sus recursos, y fortificó el castillo de Sant-Angelo.

Hizo bien, y no hacia nada de mas en todo esto, porque los imperiales, despues de haber ratificado en la Dieta de Ratisbona los artículos de la junta de que hemos hecho mérito; despues de publicar el rey de Romanos en un manifesto que los Estados de Parma y Plasencia no eran feudos de la Iglesia, como se creía, sino del imperio; que la Iglesia no tenía bienes temporales; que si los emperadores le habían hecho algunas donaciones eran nulas, y lo que no tenía por donacion era usurpado, y por consecuencia todo debía volver al imperio; despues de declarar tambien nulas las censuras puestas por S. S. á los que cobraban las contribuciones en Parma y Plasencia, y de exigir al duque de Parma que dentro de quince dias hiciera reconocimiento de estos feudos á favor del imperio, continuaban sus invasiones armadas en los Estados Pontificios, y bloqueaban y amenazaban á Ferrara, sin soltar á Comachio. Preveníase el papa; naves francesas que iban en su ayuda amagaban á Nápoles; el mariscal de Tessé fué enviado por Luis XIV para empeñar á los príncipes italianos en la guerra contra los alemanes; acudían allá los oficiales españoles que estaban en Nápoles y Milan, y el pontífice mandó dar armas á los paisanos. Pero ya las tropas imperiales corrían el Bolonés, el Ferrarés, la Romagna, todos los Estados de la Iglesia, bloqueaban á Ferrara y otras grandes poblaciones, temblábase en Roma, y llegó el caso de cerrarse tres de sus puertas y llamarse tropas para la defensa interior.

Atrevióse el marqués de Prie á proponer al papa medios de ajuste, para lo cual tuvo con él una audiencia de tres horas en Roma. Los preliminares para este ajuste eran: 1.º que Su Santidad desarmara y licenciara sus tropas: 2.º que reconociera por rey de España al archiduque: 3.º que diera cuartel en los Estados de la Iglesia para diez y ocho mil alemanes. En vano el Pontífice, en vista de tales propuestas, se dió prisa á fortificar el castillo de Sant-Angelo, y á llenar sus fosos de agua: los alemanes siguieron estrechándole, entraban en ciudades y castillos, cobraban en todas partes las rentas de la Santa Sede, las tropas pontificias se retiraron á Ancona, el papa se vió precisado á pedir al marqués de Prie una suspension de armas, y aquel le respondió que solo tenía orden de ofrecer la guerra ó la paz. Los embajadores y cardenales de Francia y de España en Roma ofrecían á S. S. socorros de mar y tierra, y empeñar á otros soberanos de Italia en la lucha contra el imperio, si él se decidía por la guerra; bien que uno de ellos, el duque de Uceda, al tiempo que en público hacia esfuerzos en este sentido, se estaba entendiendo en secreto con los alemanes. El marqués de Prie apretaba con amenazas á S. S.; el pontífice respondía con vigor, pero no admitía las ofertas de España y Francia; avanzaban los alemanes; todo era confusion y espanto en Roma, porque no había ya mas plaza libre que Ancona. Resuelto estuvo ya el pontífice á fugarse de la ciudad santa, pero los cardenales no se lo permitieron. Así estaban las cosas al terminar el año 1708. Por último S. S. se vió precisado á suscribir á lo que los alemanes quisieron proponerle; hizose el ajuste al modo que ellos desde el principio lo habían pretendido, y ni siquiera restituyeron á la Iglesia el estado de Comachio. Tal fué para la Santa Sede el funesto resultado de la expulsion de los españoles de Nápoles y Milan dos años antes, y bien á su costa conoció la diferencia de la dominacion imperial á la dominacion española en aquellos antiguos estados de la corona de Castilla (1).

No habían sido favorables en ese mismo año los sucesos de la guerra de los Países Bajos á la causa de los Borbones, á pesar de haberse reunido un ejército de cien mil hombres en aquella frontera, y de haberse dado el mando de aquellas

(1) Macanaz consagra todo el cap. 129 de sus Memorias, que es muy extenso, á la relacion de estas hostilidades entre Alemania y Roma, que nosotros acabamos de compendiar.—Historia de la casa de Austria.—Anales Pontificios.

grandes fuerzas al duque de Borgoña, heredero presunto de la corona de Francia, bajo la direccion del hábil y acreditado duque de Vendome, y á pesar de los estragos que causaron en los pueblos de Holanda las terribles inundaciones que sufrieron. Al principio lograron apoderarse por sorpresa de Gante, Bruges, y algunas otras plazas del Brabante, pero repuestos luego ingleses y holandeses, libres ya del cuidado en que los había tenido la malograda expedicion de Jacobo de Inglaterra desde Dunkerque, que dejamos en otro lugar indicada, acometieron Marlborough y el príncipe Eugenio un cuerpo de treinta mil franceses en Oudenarde, é hicieron en él tanto estrago (11 de julio, 1708), que acaso habría sido totalmente deshecho si del Rhin no hubiera acudido, llamado por el duque de Borgoña, el mariscal de Berwick con otro cuerpo de veinte mil hombres. Con esto los enemigos pudieron poner en contribucion todo el Artois, y se prepararon para el sitio de Lille. Inmensas masas se reunieron de una y otra parte para este célebre sitio. Tenía el mariscal de Boufflers dentro de la plaza veinticinco batallones, con dos regimientos de dragones y otros doscientos caballos. El príncipe Eugenio la asediaba con todo el ejército aliado. A socorrer la guarnicion fué el duque de Berwick con treinta mil hombres, á los cuales se juntaron otros diez mil que mandaba La Cruz; y todos se incorporaron luego con el duque de Borgoña que dirigía el resto del ejército francés. Y sin embargo no se pudo impedir á los enemigos embestir la plaza, abrir trincheras y dar asaltos, bien que en unas y en otras operaciones no dejaran de sufrir grandes pérdidas.

En fin, despues de sesenta y un dias de abierta brecha, y de sesenta y dos de sitio, cuyas vicisitudes excusaremos referir, y de haber perdido ya en él los aliados veinte mil hombres, el mariscal de Boufflers pidió capitulacion (22 de octubre, 1708), y otorgósele con las condiciones que propuso. Quedaba la ciudadela, que continuó defendiéndose hasta el 8 de diciembre que se entregó saliendo la guarnicion con todos los honores militares, porque el duque de Borgoña al retirarse con el ejército á Francia había dejado orden para que se rindiese.

La causa de esta extraña retirada del de Borgoña, y de la no menos extraña orden que dejó para que se rindiera la ciudadela de Lille, así como de su inaccion en los últimos dias de la campaña, solo puede explicarse por el designio que llevara, y que ya muchos, como hemos dicho, le atribuían, de conducir las cosas de la guerra á un estado en que fuera necesario al rey su abuelo hacer la paz, despojando á su hermano de la corona de España. Y no en otro sentido le habló sin duda el ministro de la Guerra marqués de Chamillardt, que ahora, como en otro tiempo, se presentó en el teatro de la guerra, y le aconsejó lo mismo que en otra ocasion había aconsejado á los generales de Italia. Pero pudo haber dado siquiera alguna muestra de que estaba allí, por salvar las apariencias y el honor del ejército, y no que dió lugar á que este conociera su intencion, y le tratara con menos respeto del que era debido á un general en jefe, y mas á un príncipe heredero del trono francés (2).

Con la pérdida de Lille, y con la de Gante, que le siguió poco despues (29 de diciembre de 1708), despojábase la Francia de una de las mejores y mas importantes conquistas de Luis XIV, en los Países Bajos, y siendo Lille la llave de los que bañan el Lys y el Escalda, quedaba completamente descubierta la frontera francesa por aquella parte y abiertas las puertas de Artois y de la Picardía. Entonces comprendió Luis XIV, con mucho pesar suyo la necesidad de proteger sus propias provincias contra el poder de los vencedores. Pero causábale todavía mas pesar la imposibilidad en que se hallaba de emplear los medios necesarios para ello. La situacion de la Francia era miserable y casi desesperada. Además de los reverses que acababa de sufrir en la guerra, las inundaciones y las heladas del memorable invierno de 1708 la dejaron sin frutos y sin esperanza de cosecha. El tesoro estaba ago-

(2) Memorias militares relativas á la sucesion de España.—Historia de las Provincias Unidas.—Robres, Guerras, MS. c. 8.—Macanaz, Memorias, capítulo 130.

tado, los almacenes vacíos, no había de dónde sacar para el soldado ni paga ni pan; disgusto y desánimo en el pueblo, desánimo y deserción en las tropas; los enemigos envaleados como vencedores; la amistad de España sirviéndole de carga mas que de apoyo; y el duque de Borgoña y los de su partido pronunciados contra la guerra y contra los sacrificios que estaba costando á la Francia el empeño de sostener á Felipe en el trono español.

En situación tan funesta no vaciló Luis XIV en entablar negociaciones secretas para la paz con los holandeses, que parecían ser entonces los árbitros de las potencias de Europa, sin detenerse porque hubieran sido infructuosas otras tentativas anteriores. Envió pues al presidente Rouillé (marzo, 1709) con plenos poderes para tratar con los diputados de los Estados Generales, y por parte de Felipe fué tambien el marqués de Bergueick, autorizado para dar á los holandeses toda clase de pruebas de amistad y confianza. Pero estos hablaron como vencedores, exigiendo como base preliminar del tratado la cesion de la España y de las Indias. Aun con esta condicion todavia Luis XIV queria continuar las negociaciones, mas cuando llegó el caso de explorar por medio del embajador Amelot los sentimientos de su nieto Felipe, sublevado el ánimo del joven monarca, envió á su abuelo la siguiente enérgica y dura respuesta: «Ya tenia yo noticia de lo que escribis á Amelot, esto es, de las negociaciones quiméricas é insolentes de los ingleses y holandeses relativas á los preliminares de la paz. Jamás he visto otras semejantes, y se me resiste creer que podais escucharlas, vos que por vuestras acciones habeis sabido ganar mas gloria que ningun soberano del mundo; pero me indigna que haya quien se imagine que podrá obligárase á salir de España. No sucederá por cierto mientras corra por mis venas una sola gota de sangre, porque no podria soportar semejante baldon, y haré cuántos esfuerzos sean necesarios para conservar un trono, que debo, en primer lugar á Dios, despues á vos, y nada me arrancará de él mas que la muerte...» etc.

Conocida por el monarca francés la firmeza del español, trató de sondear el espíritu que dominaba en España, y el apoyo y los recursos con que podia contar su nieto. De todo esto le informó Amelot, asegurándole que era casi general el amor que le tenían los pueblos de España, y que á pesar de los sacrificios que la guerra les imponia, no se oían quejas, ni se observaban sintomas de desobediencia, sino era por parte de algunos magnates, descontentos de no disponer y mandar á su albedrío, y de la parte que en el gobierno tenia el mismo Amelot: que el rey era equitativo, y aliviaba á los pueblos cuanto podia: la reina afable, benéfica, económica y prudente; la princesa de los Ursinos tan desinteresada, que no pensaba siquiera en pedir los sueldos y pensiones que se le debian; que solo los jefes de oposicion al gobierno, que eran Montalto, Montellano, Frigiliana, Aguilar y Monterrey criticaban la abolicion de los fueros aragoneses, y la poca consideracion que decian se guardaba á los pueblos; que por lo demás, siendo cierto que hacia pocos años no tenia Felipe ni tropas, ni armas, ni artillería, ni dinero para pagar á sus propios criados, ahora disponia de un ejército considerable; que era verdad que se trabajaba por la separacion de Amelot y de la princesa de los Ursinos, y que la oposicion habia crecido desde la malhadada campaña de Flandes; y sobre todo confesaba que si Luis XIV retiraba sus tropas, los españoles mas amantes de su rey creerian que le abandonaba, y acaso le desampararian tambien, viendo que no podria sostenerse (1).

En vista de todo, se decidió el monarca francés á seguir la negociacion entablada, sin aceptar ni rechazar definitivamente la condicion humillante impuesta por los holandeses. El plan de Luis XIV parecia el de llegar á la paz, siquiera se hiciese á expensas de Felipe, halagando el pensamiento de cada uno, incluso el duque de Orleans, que le tenia sobre el trono español. Pero el ministro Torcy, que fué á la Haya para activar la negociacion, no encontró los ánimos mejor dispuestos, y no viendo disposicion á tratar separadamente con los de Holanda, tuvo que someter las proposiciones á los aliados, con cuyos

(1) Noailles, Memorias, tom. IV.

plenipotenciarios se celebraron conferencias en la Haya. En vano recurrió el anciano monarca francés á varios artificios para eludir la condicion primera que se le exigia. En vano fué sucesiva y gradualmente haciendo concesiones, hasta llegar á convenir en abandonar á España y sus dominios, excepto Nápoles y Sicilia: insistian los aliados en la restitucion completa de la monarquía española á la casa de Austria, á excepcion de lo ofrecido á Saboya y Portugal; accedia ya el francés á esta condicion, pero confesaba serle imposible arrancar el consentimiento de Felipe, aunque retirara sus tropas de la península; los aliados como garantía de su promesa le exigian que respondiera él mismo de su compromiso, y pedianle como prueba las plazas que en España ocupaban las tropas francesas, lo cual rechazaba Luis, como condicion que lastimaba su delicadeza, haciéndole sospechoso de obrar de mala fe (2).

Semejante negociacion no podia menos de alarmar á Felipe y á sus adictos, los cuales no dejaron de manifestar á Luis XIV sus temores y sus quejas. Las respuestas del soberano de la Francia no eran en verdad á propósito para aquietarlos y disipar sus recelos, puesto que llegó á decir á su embajador (abril, 1709), que fuera preparando á Felipe para que cediera la España, pues era necesario concluir la paz á cualquier precio que fuese. Veian, pues, Felipe y los españoles con el mas profundo sentimiento y desagrado que en la imposibilidad en que parecia encontrarse el francés de continuar la lucha, se proponia alcanzar la paz mas ventajosa posible sacrificando la España. Desmayaban unos, volvian otros los ojos al Austria, y otros pensaban en el de Orleans para el caso en que Felipe se viese obligado á abdicar la corona. Que el de Orleans abrigaba estas aspiraciones cosa fué que llegó el mismo á confesar á su tío en explicaciones que entre los dos mediaron, y que á Luis no pareció pesarle, ó por lo menos lo tomó como un medio y una solucion mas para sus combinaciones. La princesa de los Ursinos, nunca amiga del de Orleans, era la que vigilaba activamente su conducta y la de sus agentes en España, y con su acostumbrada habilidad hizo que se descubriera en el equipaje de uno de ellos una parte de la correspondencia entre el duque y el general inglés Stanhope, su antiguo compañero en galanteos. Con tal motivo reiteró Felipe V sus quejas á su abuelo, y le rogó con instancia que no permitiese al duque de Orleans volver á tomar en ningun tiempo el mando del ejército de España, porque seria la señal de la explosion, y acaso de la ruina del trono. Conoció entonces Luis XIV los peligros de su condescendencia con los proyectos del sobrino, y temiendo los resultados de su insistencia se constituyó como en mediador entre el sobrino y el nieto, y ofreció á Felipe obrar en el sentido que él deseaba (3).

Entre tanto el rey don Felipe habia dado otra prueba de su resolucion de no abandonar nunca la España, convocando córtes de castellanos y aragoneses para el reconocimiento de su hijo el infante don Luis como príncipe de Asturias y heredero del trono de Castilla; fué en efecto reconocido y jurado el príncipe con universal beneplácito y con toda la solemnidad y ceremonias de costumbre en las córtes á este fin congregadas en la iglesia de San Jerónimo del Prado de Madrid (7 de abril, 1709). Mas por si alguno dudaba todavia de la firmísima resolucion del rey don Felipe en esta materia, escribió otra vez á su abuelo la siguiente carta (17 de abril), notable por la vigorosa energía con que de nuevo se afirmaba en la decision que siempre habia manifestado.

«Tiempo hace que estoy resuelto, y nada hay en el mundo que pueda hacerme variar. Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre: es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor, y el amor que á mis súbditos profeso. Ciertamente estoy de que no me abandonaré mi pueblo, suceda lo que quiera, y que si al frente de él expongo mi vida, como tengo resuelto antes que abandonarlo, mis súbditos derramarán tambien de buen grado su sangre por no per-

(2) Memoires de Torcy, tom. II.

(3) San Simon, Memorias, tomo V, *Historia de los proyectos del duque de Orleans sobre España*.—Belando, Hist. civil, tom. I. c. 71.

derme. Si fuera yo capaz de abandonar mi reino ó cederle por cobardía, estoy cierto de que os avergonzariais de ser mi abuelo. Ardo en deseos de merecer solo por mis obras, como por la sangre lo soy: así es que jamás consentiré en un tratado indigno de mí.... Con la vida tan solo me separaré de España, y sin comparacion quiero mas perecer disputando el terreno palmo á palmo que empañar el lustre de nuestra casa, que nunca deshonraré si puedo; con el consuelo de que trabajando para bien de mis intereses, trabajaré al mismo tiempo en obsequio de los vuestros y de los de Francia, para quien es una necesidad la conservacion de la corona de España (1).»

No con menos entereza se condujo con el pontífice. Aunque afecto Clemente XI á la causa y dinastía de los Borbones, habiase visto obligado á someterse al ajuste impuesto por los alemanes, como indicamos poco há. Pero respecto al reconocimiento del archiduque, imaginó que podia salir del embarazo adoptando un término medio, ó mejor diriamos ambiguo, reconociéndole solamente como *rey Católico*, no expresando de España. Sucedióle con esto que no satisfizo á los austriacos, y disgustó de tal modo al rey don Felipe, que dándose por muy ofendido mandó salir de España al nuncio de S. S., cerró el tribunal de la nunciatura, prohibió todo comercio con la corte romana, cortó toda comunicacion con la Santa Sede, sino en las cosas que pertenecieran exclusivamente á la jurisdiccion y potestad espiritual, y tomó otras semejantes medidas, que fueron principios de largas y ruidosas disidencias entre la corte de España y la silla pontificia, que duraron largos años, y de las cuales habremos de tratar separadamente (2).

Mas todos estos arranques de firmeza de parte del rey no impedían que, excitado el espíritu independiente de los españoles contra todo lo que fuera someterlos á la intervencion de agentes extranjeros, creciera en ellos el disgusto y se aumentaran las quejas contra la Francia, contra Amelot, y aun contra la princesa de los Ursinos, á quienes suponian autores de las calamidades que affigian al reino. Este descontento y esta oposicion, que se manifestaba en el seno del gabinete, irritó al embajador francés en términos que perdiendo su habitual comedimiento y su carácter naturalmente conciliador, comenzó á tomar medidas severas contra los magnates desafectos á Francia, y consiguió que fuesen separados del consejo Montellano y otros que se hallaban en igual caso, lo cual no hizo sino aumentar la popularidad de los separados. Hubo entre los grandes quien, como el de Medinaceli, propuso unirse con los aliados contra los franceses, que con tratos y proyectos ofensivos á la lealtad española parecían querer arrebatar á la nacion un rey que amaba y veneraba, y con quien habia identificado sus intereses y sentimientos. Y estas ideas se difundian por el ejército, cundian hasta el soldado, y llegó á tanto la animadversion con que miraban las tropas españolas á las francesas y la prevencion del pueblo contra los de aquella nacion, que hubo motivos para temer que el populacho de Madrid inmolara un día los franceses residentes en la corte (3). Y como cualquiera que fuese la combinacion que produjeran las negociaciones que andaban pendientes, los españoles calculaban que habia de producir, en unos ú otros términos, la desmembracion de la monarquía, que era lo que ofendia mas el nacional orgullo, no veian otra áncora de salvacion que sostener á Felipe, á quien hallaban siempre dispuesto á morir en España.

Valióse mañosamente de esta disposicion de los ánimos la princesa de los Ursinos, y si bien hasta entonces habia apoyado todas las medidas propuestas por el embajador francés, en esta ocasion no tuvo reparo en sacrificar á Amelot, y mostrándose indignada al saber las proposiciones humillantes hechas á Luis XIV por los confederados, y haciendo recaer sobre el embajador el peso y responsabilidad de las medidas

(1) Memorias de Noailles, tom. IV.

(2) San Felipe, Comentarios.—Belando, Hist. civil, part. I, cap. 71.—Noailles, Memorias.—Memorias de Tessé.—Id. de Macanaz, capítulo 147 y 158.

(3) San Felipe, Comentarios, tom. II.

impopulares, pidió su destitucion, empleando tambien para su objeto el influjo que con la reina tenia. Y como los consejos de la reina y de la camarera estuviesen en este punto de acuerdo con los sentimientos del rey, convocó Felipe á los ministros y á los principales grandes del reino, y exponiendo ante aquella asamblea la inquietud que le causaba la conducta de la corte de Versalles, y el rumor que corria de que iba á abandonar la Francia, les repitió su firme resolucion de morir antes que renunciar la corona ni dejar á España, les declaró que estaba decidido á guiarse por los que tantas pruebas le habian dado de adhesion y cariño, y concluyó pidiéndoles consejo y apoyo.

Honda sensacion y maravilloso efecto produjo este discurso del rey en aquella asamblea. Veíanse en ella muestras generales de aprobacion y signos inequívocos de afecto. El cardenal Portocarrero, que á pesar de su avanzada edad y de sus achaques habia venido á formar parte de aquella respetable reunion, contestó á nombre de todos en un lenguaje lleno de patriotismo y de dignidad, diciendo que el honor, la lealtad y el deber, todo imponia á los españoles la obligacion de defender á su soberano y de sacrificarse por sostenerle en el trono, y que seria mengua y baldon para España consentir que Inglaterra y Holanda desmembrasen la monarquía; y que si Francia no podia en lo sucesivo ayudar á los españoles, ellos solos sabrian defender su independencia y conservar la corona á su monarca, porque no habria español que no corriera gustoso á empuñar las armas para el sosten y defensa de tan sagrados objetos. La asamblea prorumpió en entusiastas demostraciones de adhesion y de aplauso, y el anciano prelado borró con este último acto de su larga carrera política las manchas y lunares con que en mas de una ocasion la habia empañado. Concluyó la asamblea rogando al rey que estableciera un gobierno puramente español, excluyendo de él á los franceses, y Felipe accedió á lo que ya de antemano habia pensado aceptar. No paró en esto la habilidad de la princesa de los Ursinos, sino en conseguir despues, por medio de la reina su protectora, no ser incluida en la resolucion general, y aun ella misma fué la primera que anunció á Amelot la nueva de su destitucion.

El embajador francés fué reemplazado por Blecourt que habia sido antes ministro en España. El duque de Medinaceli fué nombrado ministro de Estado; dióse el ministerio de la Guerra al marqués de Bedmar; los demás ministros y secretarios permanecieron en sus puestos por ser españoles. Para las conferencias de la paz que se celebraban en la Haya se nombró plenipotenciarios al duque de Alba y al conde de Bergueick. Las instrucciones que se le dieron no podian ser ni mas terminantes ni mas dignas. «Decidido está el rey, decian, á no ceder parte alguna de España, de las Indias, ó del ducado de Milan; y conforme á esta resolucion protesta contra la desmembracion del Milanesado, hecha por el emperador á favor del duque de Saboya, á quien se podrá indemnizar con la isla de Cerdeña. En este último caso, y á fin de conseguir la paz, consiente S. M. en ceder Nápoles al archiduque, y la Jamaica á los ingleses, con la condicion de que cederán estos á Mallorca y Menorca.» Si á pesar de estas concesiones no se podia lograr la paz, se encargaba á los plenipotenciarios tratar de decidir al rey de Francia á que cediera alguna de sus conquistas, y procurara el restablecimiento de los Electores de Baviera y Colonia, dejando al primero el gobierno de los Países Bajos hasta que volvieran estos Estados á la corona de Castilla (4).

Muy distantes estaban los aliados de acceder, no solo á las proposiciones del monarca español, pero ni á las que el francés les presentó por medio de su ministro de Estado el marqués de Torey. Antes bien lo que los representantes de los confederados establecieron como preliminares para la paz en lo relativo á la sucesion española, fué el reconocimiento del archiduque Carlos como soberano de toda esta monarquía, de modo que ningun príncipe de la dinastía de Borbon pudiera reinar jamás en parte alguna de ella, con cuya condicion suspenderian las hostilidades por dos meses; y si en este plazo

(4) Noailles, tom. IV.